

TÁCITO Y EL LEGIONARIO ROMANO. UNA APROXIMACIÓN A UN PERFIL CONTRADICTORIO

Una de las obras del célebre historiador romano en la que más patente queda la visión moral de su época serían sus *Historiae*, donde se enfrenta a la difícil tarea de investigar y sintetizar los confusos y –aparentemente- azarosos y entremezclados acontecimientos de una compleja guerra civil de claro protagonismo militar: la desarrollada en el año conocido como “de los cuatro emperadores” (69 A.D.), cuando cuatro personajes con pocas virtudes (siempre según la visión del historiador romano) y claras y grandes limitaciones de todo tipo, y no sólo morales, sino también intelectuales o hasta físicas (Galba o Vitelio), luchan por el poder entre sí sin más fundamento ideológico que la espuela de su propia ambición y hasta su inconsciencia.

Es un lugar común que a todo lo largo y ancho de su obra, Tácito añora la República como un “paraíso perdido”, el de la *libertas*¹, y que juzga su época, la del principado Flavio y Adoptivo, como un verdadero “espejo negativo” de esa edad de oro perdida. Edad de oro, no sólo política, sino también moral; ya que el mismo concepto de *libertas* tiene una cierta dimensión moral. Ambos paisajes, el político y el moral, están pues íntimamente unidos, aunque parece existir unanimidad en los estudiosos a la hora de diagnosticar que, según Tácito, la causa e inicio de todo estaría en el Principado, en la traición de Augusto a los principios republicanos y a la *libertas* y en el envilecimiento de las costumbres que representaría la introducción en su lugar del *obsequium*².

Queda sólo por dilucidar si esa visión moral de su época, en relación a un pasado ya mitificado, es fruto del pesimismo o del realismo³. Personalmente, al pasearme por sus páginas, no puedo dejar de recordar la famosísima frase ciceroniana, de añoranza de un pasado mejor, casi siglo y medio antes: *O tempora, o mores*. Cabe también –pues- pensar que tal vez sólo sea una forma de *topos* propio de la mentalidad propia del sector conservador intelectual y político de la Roma de finales de la República y comienzos del Principado.

¹ Concepto clave en su obra. Lo utiliza como balanza moral, en realidad. Sobre ello, en general, R. Syme, *Tacitus*, vol. II, Oxford, 1958, p. 525. También J. L. Moralejo, “Tácito” en C. Codoñer (ed.), *Historia de la literatura latina*, Madrid, 1997. La frecuente traducción de *libertas* por “libertad” es inadecuada. Un elemento esencial de la *libertas* es el respeto escrupuloso de la ley y a la ética política representada por la república..

² R. Syme, *Tacitus*, vol. II, Oxford, 1958, p. 525.

³ Y aquí ya la opinión de los estudiosos dista de ser unánime. Tal vez el veredicto, o mejor: dictamen, tenga que ver con la propia mentalidad del estudioso o con su grado de simpatía hacia el historiador latino.

Pero, en cualquier caso, queda muy claro que el historiador romano se marca como objetivo de toda su obra, y particularmente de sus *Historiae*, la tarea de describir este ambiente moral, así como militar en su contra. Y en su militancia, Tácito parece asumir que un sector del mundo romano, más sano, que no ha perdido ese ideal de la *libertas*, y que aparece aquí y allí en su obra, y del que forma parte un exiguo sector de la elite romana de senadores y *equites*, así como un sector del *populus* a ellos ligado⁴. En ese sentido interpretamos su directa invitación al lector a militar con él y junto a él contra la pervisión de la virtud política⁵. Tal vez sólo este detalle ya muestre que Tácito no se siente solo en su lucha y, por tanto, que la acusación de pesimismo parezca exagerada.

Juan Luis Conde, en su buen estudio sobre Tácito, trae muy oportunamente a colación la opinión de Napoleón sobre el historiador, al que el corso menosprecia porque sus *historias* no son otra cosas que un *relevé des greffes* de la Roma de su tiempo⁶, es decir: una especie de registro judicial de cargos en el que la lista de acusados y acusaciones comprende a toda la clase dirigente romana sin excepción; a veces despachada con un un calificativo negativo y unas duras pinceladas⁷, que se generalizan al pueblo en su conjunto o a los *ordines*⁸. Las que se refieren al ejército en su conjunto son más complejas; sobre todo porque, así como la plebe u otros colectivos se presentan monolíticamente en su registro, el ejército, no; más todavía en el ambiente de guerra civil que nos ocupa, con legiones o soldados apoyando a este candidato o al otro. Precisamente esa falta de homogeneidad en el ejército es lo que explica la guerra civil misma del año 69.

El *obsequium* ha corrompido a todos; aunque Tácito parece distinguir, como vemos, a una parte del *populus* que se mantiene más próxima a los principios de la *mos* tradicional. La oficialidad del ejército también entraría en esta corrupción generalizada y su retrato resultaría sumamente interesante, pues, tanto en acciones militares, como en discursos, como en la toma de decisiones políticas, Tácito nos dibuja un colectivo (el de los altos oficiales) enormemente complejo, movido por unos intereses muy distintos de la tradicional oficialidad de fines de la República, frecuentemente enfrentado a los intereses del Estado.

Pero al pasear Tácito su pluma por los soldados, el panorama parece más complejo. Aunque el historiador da por sentado que la corrupción generalizada

⁴ Cf. Tac., *Hist.*, I, 4.

⁵ “Nero a pesimo quoque semper desiderabitur, *mihi ac tibi* providendum est, ne etiam a bonis desideretur” (Tac., *Hist.*, I, 16).

⁶ Cf. M. de Talleyrand, *Mémoires*, vol. II: 1807-1815, París, 1957, 122-123; cit. (y trad.) por J. L. Conde, *Tácito: Historiae*, Madrid, 2006, 10.

⁷ Sólo como muestra véase Tac., *Hist.*, I, 6.

⁸ El ejemplo mencionado sobre senatoriales y *equites* es significativo. Poco después habla de los valores morales de la chusma por primera y última vez, a los que no los distingue, desde este punto de vista moral, de los esclavos. Tac., *Hist.*, I, 4.

ha llegado también a este colectivo (en forma de *donatio*, sustitutiva del *obsequium* de sus altos oficiales y de la clase dirigente en general), desde un primer momento nos señala que ésta no era homogénea y en diversos pasajes de la obra, vemos al legionario romano, al *miles gregarius* y a sus oficiales subalternos, movilizarse por otras causas y valores ya perdidos en el resto de colectivos o ajenos a éstos. Da la sensación de que Tácito piensa que, así como existen miembros del *populus* y senado calificables como los mejores o “los buenos” (los *boni* de Tac. *Hist.* I, 16), “con principios”⁹, también parece reconocer, desde el primer momento, que ese sector moral existe en el ejército, aunque de otra manera. Su diagnóstico del Imperio, que Tácito presenta como “de la Capital, espíritu del ejército, estado de las provincias”¹⁰ y que nos parece anunciar un análisis general de lo que podríamos llamar *politeía* romana antes de profundizar en el desarrollo del conflicto civil, se reduce en una gran parte, a un análisis de la actitud y situación ideológicas del ejército y así, cuando nos anuncia que nos va a describir “qué estaba sano en el mundo (romano) y qué enfermo”, nos está anunciando que nos va a describir, qué estaba sano y qué enfermo en el ejército¹¹.

Para empezar, Tácito distingue claramente entre los soldados de la capital y los de las legiones. De hecho cuando analiza, como prometiera en I, 4, la situación de la ciudad de Roma, liquida el sector que podríamos denominar civil en diez u once líneas, la situación de la capital, dónde solo ve “esperanzas” en ese mencionado sector del *populus* “con principios y vincualdos a las grandes familias” de senadores o caballeros con esperanza en el retorno de la *libertas*; pero dedica todo su Tac. *Hist.* I, 5 al elemento militar de la capital, unas doce líneas a describir la mentalidad del soldado de Roma, alguna más a sus oficiales superiores. Esta será aproximadamente la proporción de su atención a los elementos que participan en el conflicto civil: un tercio a la actitud del pueblo, la “chusma”, caballeros y senatoriales, ciudades y colonias; otro tercio a la mentalidad, valores y evolución de los soldados y otro tanto a las actitudes, transfuguismos, ambiciones y traiciones de sus oficiales superiores. Respecto al conocimiento de la mentalidad y carácter del soldado romano, algún historiador se lamenta de que no podamos conocerla con testimonios de primera mano, porque el soldado común, raso el *miles gregarius*) no nos ha dejado ningún relato escrito de sus experiencias¹². La profundidad del análisis de Tácito suple tal carencia hasta cierto punto en esta época.

⁹ Recuérdese Tac., *Hist.*, I, 4. *Boni* y *pessimi* son conceptos de alcance político, más que moral. *Boni* los que hacen suyos los valores de la *libertas*; *pessimi* los que optan por la tiranía y la corrupción moral. Un ejemplo de contraposición en Tac., *Hist.*, II, 38.

¹⁰ Tac., *Hist.*, I, 4.

¹¹ Y eso es lo que resume en Tac. *Hist.* I, 4 a 11; aunque realmente no analiza nada, pues se limita a hablar de la actitud del ejército y sus comandantes.

¹² V. gr. M. Sinkin, *The Roman Army from Caesar to Trajan*, Oxford, 1984, 3.

1. La corrupción de la guarnición de la ciudad

No se ocupa mucho de describir el estado moral y características de la misma. La razón fundamental es que, según Tácito, con anterioridad al estallido de la guerra civil ya se había operado un cambio (negativo) en la mentalidad de estos soldados romanos; cambio que el historiador romano aclara que no es general (y no afecta, por tanto, a las legiones), sino solamente a las tropas próximas al emperador y a la capital. En su discurso no queda totalmente claro a quién se refiere exactamente cuando analiza la situación de “la guarnición de Roma”¹³ en su descripción general de la situación militar de partida; por el contexto, parece referirse tanto a los pretorianos como a la propia guarnición de la ciudad, cohortes urbanas y tropas próximas al emperador¹⁴.

El culpable de este cambio, negativo, habría sido Nerón; príncipe al que ya sabemos que Tácito odia particularmente como verdadero espejo negativo del buen príncipe y primer enemigo de los valores de la *libertas*¹⁵. Nerón habría pervertido toda virtud militar en ellos a través de la introducción de dos vicios. El primero es que los ha acostumbrado a recibir en Roma grandes cantidades de dinero u honores sin combatir, destruyendo con ello uno de los acicates militares más importantes y pervirtiendo totalmente la disciplina. El segundo es que les había enseñado durante sus catorce años de reinado a apreciar los vicios de los emperadores tanto como antaño respetaban sus virtudes; es decir: a desear un mal príncipe y a trabajar para tenerlo.

La destrucción de la “disciplina” no implica para Tácito que estos soldados se hayan convertido en cobardes o en inútiles para la vida militar, sino que han cambiado su comportamiento y se han convertido en presa fácil del soborno y ya no les moviliza ni la fidelidad a su jefe, ni la fidelidad a Roma, sino su propio interés. No son hombres de fiar y deben ser sobornados constantemente. La disciplina militar en Tácito tiene un valor moral y político en sí misma. Es también la forma en la que el soldado expresa ese respeto a la ley propio de la *libertas*.

Pero, además, la referencia a la tacañería de Galba y la forma de su nombramiento por las legiones de Hispania¹⁶, sirven para que Tácito nos muestre otra característica del soldado “de la ciudad”; la visión que tiene de sí mismo como alguien que debe ser tratado aparte y por encima del legionario y su desconfianza hacia éste, sobre todo ahora que, por primera vez, ha partido de él la iniciativa de nombrar emperador. Tácito viene a insinuar, pues, que es tal la corrupción en la que Nerón ha sumido a este soldado que desconfía del príncipe

¹³ Tac., *Hist.*, I, 5.

¹⁴ Lo que tradicionalmente se considera “la guarnición de Roma”. Vid. Y. Le Bohec, *El ejército romano*, Barcelona, 2004 (orig. Fr. 1989), 27-32: 16 cohortes pretorianas, 4 urbanas (*urbinciani*). No creemos que incluya a las 7 de vigilantes (*vigiles*), no militarizadas en esta época, pero sí puede incluir otras tropas de *corporis custodes*.

¹⁵ Recuérdese *supra*, Tac., *Hist.*, I, 16.

¹⁶ Tac., *Hist.*, I, 5.

que puedan haber nombrado sus compañeros de armas legionarios provinciales, no sólo porque el nuevo les debe a éstos su nombramiento, sino porque temen que pudiesen haber elegido a alguien virtuoso.

Respecto al resto del ejército romano: las legiones y asimilados (*alae, vexillarii ...*)¹⁷, desde el primer momento, el historiador romano se preocupa de dejar claro que no forman en absoluto un conjunto homogéneo y que sus características, grado de competencia militar, virtudes y defectos, diferían grandemente de unas unidades a otras¹⁸. Para él las diferencias venían dadas por su lugar de guarnición y queda claro a lo largo de todo su libro que éstas eran grandes, casi como si se tratase de ejércitos distintos, con características comunes (pero no idénticas) de equipamiento y disciplina. El perfil psicológico, moral e ideológico, de unos y otros poseían diferencias más profundas.

2. El legionario como apátrida apolítico

De un modo explícito Tácito nos señala que la vida de guarnición y la guerra constante, así como la dependencia directa de un líder, que como veremos resulta psicológicamente imprescindible al legionario, le han convertido en una especie de “apátrida”. Lo dice explícitamente del legionario de Germania, el más temido tanto por su disciplina, como por sus victorias y su número¹⁹. Su vida ha quedado encerrada en instituciones puramente militares, al margen de las tradicionales del Estado: la fidelidad al Senado y al Pueblo de Roma (el patriotismo, en definitiva) se ha perdido, convertido en palabrería inútil²⁰.

Por tanto, un aspecto esencial de la mentalidad del legionario romano es que ha perdido por completo el concepto de *libertas*. Los principios de ésta le parecen abstractos y no puede defenderlos o mantenerse fiel a ellos porque los desconoce y es incapaz de comprenderlos. Esto es así, no solo en referencia a los soldados de Germania, sino en general. Los testimonios del historiador romano en este sentido son frecuentes y se extienden también a las legiones de otros ámbitos²¹.

3. Un aspecto esencial de la mentalidad del legionario: su dependencia absoluta de un líder

En realidad no pueden ser fieles al concepto de *libertas* ni a las instituciones que la representan porque el legionario ha desarrollado a estas alturas una

¹⁷ Sobre la composición del ejército romano de la época y tipos de tropas, recordamos que hay muchos tipos (en general, *vid.* El mencionado Le Bohec, París, 1989; G. R. Watson, *The Roman Soldier*, N. Y., 1969); pero señalamos que Tácito parece enfocar sobre todo al legionario, en menor grado a las cohortes de auxiliares.

¹⁸ Por eso, ya en su presentación general a la situación del Imperio en el momento de estallar el conflicto las describe separadamente. *Cf.* Tac., *Hist.*, I, 8 a 11.

¹⁹ *Cf.* Tac., *Hist.*, I, 8.

²⁰ *Cf.* Tac., *Hist.*, I, 57.

²¹ *Ej.* Tac., *Hist.*, I, 62; II, 27 ss.; II, 36 ss.

dependencia personal respecto a sus jefes verdaderamente enfermiza. Muchos son los pasajes de Tácito en los que se nos muestran características de esta dependencia. A ella se ha llegado a través de la lejanía de Roma y la larga vida de guarnición, única realidad que conocen.

El tema del liderazgo legionario durante el principado merecería un estudio aparte. Para empezar, parece que el mero nombramiento como general o alto mando no era suficiente para ser obedecido por los soldados y oficiales inferiores. Éstos solamente obedecían a aquellos a los que respetaban; así lo afirma Tácito con respecto al ejército de Germania Superior y a su comandante, el legado Hordeonius Flacus²²: la disciplina, el coraje, la constancia y esfuerzo, y la autoridad moral en el ejército, no sólo eran vistas como virtud por Tácito y – suponemos – por esos amantes de la *mos* tradicional a los que se refiere en su introducción a las *Historiae*²³, sino por el legionario mismo. Tal vez sea esto, en la mentalidad de Tácito, el máximo aporte del soldado al espíritu de la *libertas*.

Esta exigencia hacia los mandos se dibujaría como una característica general del legionario romano, y no solamente en el de las Germanias. En el lib. III, cuando entre en acción el ejército de Oriente encontraremos referencias similares; se trata, por tanto de una característica común, pero este grado de exigencia hacia los mandos y líderes parece en consonancia con la disciplina y profesionalidad de las unidades por lo que resulta – en efecto – máxima en estos ejércitos de las Germanias, seguidos de los de las provincias de Oriente. En el polo opuesto, el legionario más dócil y menos conflictivo era el de las Islas Británica, seguido del hispánico y el ilírico²⁴.

Este aspecto de la lealtad, condicionada a la dignidad, es muy importante y hace que todo general u oficial superior deba responder a un perfil determinado. Ese perfil se hace explícito en Tácito cuando describe a Vespasiano de forma sumaria en *Hist.* II, 5²⁵ y llega a convertirse en un lugar común en el retrato del perfecto jefe de tropas, que aparece también en otros pasajes del historiador²⁶ y en la biografía de los “mejores” príncipes de su generación, como Tajano y Adriano²⁷.

Otra característica del mando sin la cual parece que no podrá hacerse respetar por los legionarios es que éste ha de ser un hombre distinguido, “nombrado” por el sistema y con un *cursus honorum* aceptable. El nombramiento de Vitelio así lo indica²⁸. Sólo aceptan ser mandados por nobles de currículum probado: no pueden entregar esta fidelidad ciega a un cualquiera o a un advenedizo.

²² Cf. Tac., *Hist.*, I, 9.

²³ *Supra*; explícitamente en el mencionado Tac., *Hist.*, I, 4.

²⁴ Cf. Tac., *Hist.*, I, 9. Sobre ello, la conocida panorámica general del Imperio en su introducción: Tac., *Hist.*, I, 6 a 11.

²⁵ “Vespasianus acer militiae anteire agmen, locus castris capere, noctu diuque consilio ac, si res posceret, manu hostibus obniti, cibo fortuito, veste habituque vix a gregario milite discrepans ...”

²⁶ V. gr. Tac., *Agr.*, 5, 1.

²⁷ Cf. A. Birley, *Adriano*, Barcelona, 2005 (or. ingl. Londres, 1997), p. 53, 74 ss., 81.

²⁸ Tac., *Hist.*, I, 9.

Un aspecto llamativo y esencial es que una vez que el legionario romano del año 69 ha entregado su fidelidad a un general “digno” y merecedor de “respeto” crea una dependencia emocional respecto a éste verdaderamente “enfermiza”. Esta dependencia emocional, junto con ese sentimiento comentado de apátrida, ajeno a toda ideología de la *libertas* y respeto al Estado y sus instituciones, explicará por qué el elemento militar se convierte en el principal elemento y fuente de poder a partir de esta guerra civil, ya que no lo ha sido con anterioridad.

Llamamos “enfermiza” a esta dependencia porque no sólo es política o profesional, sino – como decimos – emocional y está por encima de cualquier otra consideración o sentimiento: se interpreta la lealtad como dependencia. Una muestra clara en Tácito de lo “enfermiza” que puede llegar a ser ésta serían los acontecimientos que nos narra referentes a la muerte de Otón, el más respetado de los cuatro emperadores, junto con Vespasiano. Parece como si esos hombres no tuvieran otra patria que su campamento, ni más referencia emocional que su jefe; como si su inmadurez emocional fuese total; se autoinmolan, por devoción y amor al príncipe (*aemulatione decoris et caritate principis* nos dice el historiador) y los funerales de estos generales resultan siempre en este sentido, una exagerada muestra de esta devoción y dependencia emocional²⁹.

4. Un soldado propenso al motín

Una característica importante del legionario romano, derivada de esta entrega y dependencia de un líder, es su incapacidad de actuación sin tal. Al juntarse con su falta de ideología y respeto hacia las instituciones políticas, que podrían sustituir al líder como referencia, se convierte en pasto fácil del motín cuando se cree dirigido por un jefe indigno³⁰ o – más frecuentemente – cuando se cree traicionado³¹.

Los motines son frecuentes y los ejemplos muchos en las *Historiae*. Queda claro que es una característica general de todas las legiones y no se circunscriben a un solo ejército. Nos son descritas particularmente en Germania y Oriente³² y, al margen quedan por supuesto³³ las de las Islas Británicas.

Una particularidad chocante de los motines que nos describe Tácito es que, al ser la dependencia emocional de los soldados respecto a un líder tan exagerada, resultan incapaces de hacer algo sin ellos. Cuando la rebelión estalla entre los soldados, lo hace con una fuerza extrema y ciega y suelen buscar a sus jefes para matarlos; pero si éstos tienen la suerte de no ser encontrados al instante o escapan, los amotinados se desinflan y acaban como perdidos y

²⁹ Tac., *Hist.*, II, 49.

³⁰ Un ejemplo: el motín otoniano contra Macro en Tuc., *Hist.*, II, 35-36.

³¹ V. gr. Tac., *Hist.*, II, 44. También III, 10. Tomamos como prototipo el desarrollo del motín contra Valente tal como nos lo presenta Tac., *Hist.*, II, 20.

³² V. gr. Tac., *Hist.*, II, 27 ss.; II, 36 ss.

³³ *Supra*: Tac., *Hist.*, I, 20.

desorientados³⁴. Increíblemente son incapaces de encontrar un líder entre sus propias filas, fuera del sistema. De hecho no se les ocurrirá buscarlo ahí: fuera del ámbito institucional y las clases dirigentes hasta siglo y medio después, con Macrino³⁵. La mentalidad había cambiado a lo largo de todo este tiempo y, sin duda, si Tácito viviera, pensaría que empeorado.

El motín contra Valente es paradigmático, no sólo por ser muy representativo de ese aspecto tan peculiar del legionario romano, el de ser incapaz de resolver un motín si carece de liderazgo institucional, sino porque estalla irracionalmente y sin más motivo que la sospecha de mala fe en un jefe: los soldados se sienten traicionados por una decisión estratégica de Valente que creen que les deshonor³⁶ y, en el alboroto siguiente, alguien airea que el perseguido ha escondido además parte del botín que correspondía a los soldados y se lo ha apropiado (otra traición). Queda claro que si los amotinados encuentran a Valente, lo habrían matado al instante; pero su búsqueda resulta infructuosa porque se distraen intentando encontrar el inexistente botín escondido y – mientras – el perseguido se disfraya de criado y los despista. Lo más ilustrativo – para el tema que nos ocupa – es cómo termina el motín. El prefecto del campamento (Alfeno Varo) suprime todo relevo, llamada, toque u orden; es decir: paraliza la vida castrense. Tácito nos describe que como resultado, los amotinados se quedan sin saber qué hacer, mirándose unos a otros y asustados, precisamente, de que nadie imponga autoridad³⁷. Acaban todos gimiendo y pidiendo perdón a un lívido Valente, que no toma represalias, pero que ha escapado poco antes de una muerte cierta. Queda claro que otra característica del levantisco soldado legionario es su inconstancia.

Las *Historiae* son ricas en descripciones de motines como éste. Todos tienen características similares y muestran el mismo desconcierto legionario por verse privado de liderazgo, la misma irreflexión en su inicio, la misma incapacidad de resolución. En este sentido, las más paradigmáticas serían las que tienen lugar contra Antonio, en el bando Flaviano³⁸. Tácito reconoce expresamente que el motín era “una verdadera peste” en las legiones romanas³⁹.

5. Un soldado con un exagerado sentimiento de pertenencia a una determinada unidad o grupo. La rivalidad entre unidades

Un aspecto muy llamativo del carácter de los soldados legionarios en Tácito, que – naturalmente – se ve acrecentado (o desarrollado) por la situación de guerra civil y de enfrentamiento entre distintas legiones y unidades, sería el

³⁴ Paradigma de ello, el motín de los soldados contra Fabio Valente Tac., *Hist.*, II, 29.

³⁵ El nombramiento de un Macrino por los soldados habría sido imposible en el año 69: no entraba en la psicología del soldado romano que se nos describe en las *historiae*.

³⁶ Ésta no hace al caso para lo que nos importa, véase en Tac., *Hist.*, I, 28.

³⁷ Tac., *Hist.*, I, 29: “Igitur torpere cuncti, circumspectare inter se attoniti et id ipsum, quod nemo reget, paventes”.

³⁸ En Tac., *Hist.*, III, 10.

³⁹ “Velut tabe infectae”: Tac., *Hist.*, III, 11.

de la rivalidad entre éstas por rencillas o por honores. Tenemos la clara sensación de que los legionarios, antes que sentirse integrados en todo un ejército, se sienten integrados solamente en las unidades a las que pertenecen, identificados exclusivamente con ellas y con sus jefes. El ejército romano no aparece en las *Historiae* como un todo compacto, sino dividido en fragmentos. Y esto es así, no porque nos encontremos ante una situación de guerra civil, que parece que propicia esta división, sino – precisamente – al revés. Es posible (y fácil) la guerra civil del año 69 porque el ejército romano tiene esta característica.

Parece que ésta es antigua; tal vez hunda sus raíces en guerras civiles anteriores;. Lo sospechamos, precisamente de acuerdo con esta hipótesis de que las guerras civiles y los levantamientos militares van a resultar fáciles en el ejército romano posterior a Mario porque el soldado ha perdido, no sólo su conexión ideológica con las instituciones y el Estado, sino con el propio ejército como conjunto; sólo la mantiene con su unidad y mando.

Pero, si así fuera, en el paisaje militar que nos dibuja Tácito esta característica se ve muy acentuada, tal vez por las distancias geográficas entre acuartelamientos. Y las distintas unidades durante décadas enteras carecen de todo contacto con otras excepto en campañas puntuales.

Sea como fuere está claro que esta situación se agrava con la guerra de 69. Tenemos abundantes ejemplos de este hecho, incluso el autor romano nos señala unidades y legiones concretas, rivales unas de otras⁴⁰. Cómo no iba a ser fácil enfrentar ejércitos y unidades unos contra otros si, a veces, esta rivalidad conduce a verdaderas batallas dentro del mismo campamento? Y no son enfrentamientos nimios, en los que surjan riñas de unos camaradas contra otros de otra unidad por fútiles motivos, como tal vez haya sucedido siempre en todos los ejércitos, sino en luchas encarnizadas con cientos de muertos y unidades diezmadas o aniquiladas, incluso. Un ejemplo, extremo pero elocuente, lo tenemos en lo sucedido en un campamento de Vitelio en Pavia⁴¹. Tácito desprecia el modo de actuar de los soldados, “que movería a risa, si no fuera por el número de caídos ...”. En la situación de relajación que surgió después de la dispersión del ejército otoniano⁴², después de la batalla de Bedriaco⁴³ (dispersión en la que también tenemos otro ejemplo de esta rivalidad sangrienta entre unidades⁴⁴), dos soldados de distintas unidades, como pasatiempo, se retan a una pelea amistosa; se calientan los ánimos entre espectadores y compañeros de una y otra unidad y aquello acaba con dos cohortes de auxiliares aniquiladas⁴⁵.

⁴⁰ Sólo a modo de ejemplo concreto Cf. Tac., *Hist.*, II, 88.

⁴¹ Cf. Tac., *Hist.*, II, 68.

⁴² Tac., *Hist.*, II, 66 y 67.

⁴³ Tac., *Hist.*, II, 11 ss.

⁴⁴ Entre los bátavos y los legionarios de la XIV: Tac., *Hist.*, II, 66.

⁴⁵ “... duobus militibus, altero legionis quintae, altero e Gallis auxiliariis, per lasciviam ad lertamen luctandi accessit, postquam legionarius prociderat, insultante Gallo et iis qui ad spectandum

En estos enfrentamientos entre unidades también suele estar presente el elemento social. Frecuentemente vemos que los enfrentados pertenecen a tropas de origen social diverso; los más violentos (como el señalado, posterior a Bedriaco) tienen lugar entre legionarios y auxiliares. Dada la diferencia social entre unos y otros y la posición subordinada de los últimos respecto a los primeros⁴⁶, no es extraño que se mirasen con desconfianza y un cierto desprecio y soberbia por parte del legionario, que conduciría a un resentimiento por parte de las unidades auxiliares.

Ciertamente esta característica del legionario romano del alto imperio, enlaza con las anteriormente vistas, en el sentido de que viene a corroborar la imagen de una mentalidad gregaria e inmadura, desindividualizada, de persona perdida en la masa, que identifica su código de conducta exclusivamente con su “tribu” de pertenencia, en un claro síndrome de dependencia.

Otro ejemplo de este exagerado sentido de pertenencia a una unidad al margen de otras (y también como admonición moral de adónde llegan los enfrentamientos civiles), Tácito nos pormenoriza la historia de un legionario de la *Legio VII* (la formada por Galba) contra la *Legio XXI Rapax*, cuando un legionario mata a su padre. El último párrafo lo dedica el historiador romano a otra característica del legionario romano: su ansia de botín, por encima de familia y cualquier otra consideración⁴⁷.

6. El ansia de botín

Y es que, en las *Historiae* queda muy claro que existen dos móviles principales que empujan a actuar al soldado romano; ninguno es el patriotismo o la fidelidad a la ideología de la *libertas* propugnada por los *optimi*: se trata del ansia de botín y el sentido del honor.

Que el ansia de botín sea el móvil principal del soldado romano no es nada nuevo. Desde antiguo el legionario ve pagados sus esfuerzos militares en forma de botín y por él se va a la guerra, como ya lo afirmara Polibio del ejército de la República⁴⁸. Lo verdaderamente nuevo, y – probablemente – solamente más reciente, es que ahora el botín ha alcanzado la primacía sobre el patriotismo, el honor y sobre toda otra consideración, incluso sobre la familia: se ha convertido en la justificación suprema de la acción.

Hemos mencionado que el incidente de la muerte en batalla de un padre de la *Legio VII* a manos de su hijo, de la *Rqpax*, termina con una observación, de tono moralista, de Tácito sobre el botín: que, pese a lamentos en ocasiones como ésta, en muertes de parientes y hermanos, el legionario romano no se mostraba

convenerant in studia diductis, erupere legionarii in perniciem auxiliorum ac duae cohortes interfactae, remedium tumultus fuit alius tumultus [...]” (Tac., *Hist.*, II, 68).

⁴⁶ Sobre ello, *vid.* Le Bohec (2004), 33-39.

⁴⁷ Tac., *Hist.*, III, 25.

⁴⁸ *Cf.*, por ejemplo, Polyb., I, 11.

remiso a la hora de despojar a éstos⁴⁹. Naturalmente, en este contexto, esta característica del soldado romano le parece a Tácito inhumana.

Poco después Tácito vuelve a insistir de forma expresa en este asunto y sentencia que el legionario romano (en realidad está hablando del de las *Germaniae*, pero sería aplicable a todos) “soporta todo por su ansia de botín”⁵⁰, dando por sentado que esa y no otra es su motivación principal.

7. Un soldado con un peculiar sentido del honor

El honor, en un sentido genérico, ha tenido siempre una importancia especial en el mundo antiguo (y no sólo en él) como motivación para la acción personal y como cemento social, particularmente en las sociedades de tradición indoeuropea, pero no sólo en ellas. Claro que el sentido del honor ha ido cambiando, y mucho, junto con la época y la sociedad de referencia. De algún modo, en muchas sociedades, ha ido unido también a la vida militar.

Son muchos los pasajes de las *Historiae* que nos hablan del peculiar sentido del honor que desarrolla el legionario romano que, como dijimos, es junto con el ansia de botín, la motivación más importante para la acción.

En primer lugar se nos presenta de un modo curioso y especial. Tácito no duda ni por un momento de que el honor militar es un aspecto esencial del soldado romano; pero según él, no todos tienen arraigado este sentimiento (los “peores” – *pessimi* – carecen de él), ni parece una virtud absoluta o completa, sino llena de contradicciones y carencias.

Para empezar el honor tiene un sentido colectivo a la vez que individual: existen unidades con “más honor” que otras, aspecto que – a veces – decide destinos deshonorosos y traslados⁵¹. Esas diferencias parecen estar también en el origen de ciertas rivalidades y desconfianzas que, como sabemos, pueden llevar a enfrentamientos muy sangrientos⁵².

Lavar manchas de honor o, al contrario, reafirmar el honor, son móviles poderosos para el comportamiento en combate. Un ejemplo lo tenemos en la entrada en batalla de las vespasianas legiones “deshonradas” de Panonia⁵³. Y resulta un *topos* habitual que los generales administren el honor y la gloria de las unidades como motivación al combate, junto con el inevitable botín. Nada de política, patria, valores morales o religión en sus consideraciones⁵⁴.

Pero, junto con el móvil del honor colectivo, está el del honor y gloria individuales. Resulta que, en medio del caos de la guerra civil, en situaciones

⁴⁹ “... nec eo senius propinques adfinis fratres trucidant spoliant” (Tac., *Hist.*, III, 25).

⁵⁰ “... omnisque caedes et volnera et sanguis aviditate praedae pensabantur” (Tac., *Hist.*, III, 26).

⁵¹ Es el motivo esencial de los traslados y cambios tras la batalla de Bedriaco y el suicidio de Otón: Tac., *Hist.*, II, 57 ss.

⁵² *Supra* Tac., *Hist.*, II, 68.

⁵³ Tac., *Hist.*, III, 24 ss.

⁵⁴ Un ejemplo precisamente en el de Antonio a las legiones de Panonia, en Tac., *Hist.*, III, 24.

desesperadas, al margen de botín, beneficios, fidelidades y camaradería, el soldado romano es capaz de acciones militares heroicas individuales sorprendentes⁵⁵ y que, a veces, conducen a una muerte segura. Los ejemplos no abundan tanto, pero notamos que llenan de admiración al moralista Tácito, siempre crítico y duro con el espíritu del militar romano. Uno muy claro lo tendríamos en el de los heroicos centuriones de primera clase de la *Legio VII*, reclutada como sabemos por Galba, que murieron defendiendo sus enseñas y – especialmente – en el del *primipilum* de esa legión, Atius Verus, que murió heroicamente para salvar el águila⁵⁶.

El más significativo, sin embargo, de todas las *Historiae* nos habla de dos soldados legionarios que, seguros de su muerte, se aproximaron bajo escudos de caídos a una *ballista* enemiga que estaba destrozando a los suyos, que debían atravesar un camino enfilado por ella. Los soldados salvaron la jornada al inutilizarla por sorpresa, pero cayeron acribillados por los enemigos. Tácito se lamenta de no poder dar sus nombres⁵⁷.

8. Un soldado descreído de la religión del Estado, pero supersticioso

A Tácito el tema de la religiosidad le importa. En sus *Historiae* abundan los pasajes en los que, siguiendo la tradición historiográfica romana más clásica, presagios y signos divinos anuncian el futuro histórico⁵⁸. Puede que no se trate de otra cosa que del recurso estilístico de un hombre tradicional para continuar con las formas historiográficas de un Livio o un Salustio, pero ciertos pasajes parecen dejar claro que el respeto por la religión forma parte del paisaje político deseable y que es signo de la decadencia de los tiempos que hasta lo más sagrado resulte hollado⁵⁹, siempre en aras de ese primer móvil del soldado romano de su tiempo: el botín.

En este sentido el perfil del legionario romano de las *Historiae* no es precisamente el de un hombre religioso, ni siquiera que sienta respeto por la religión tradicional (*publica*). La toma de Cremona es ejemplo de ello, junto con las casas de los particulares, los templos también son saqueados y destruidos y la impiedad es tan general que los soldados se matan para disputarse esos despojos sagrados⁶⁰. Hasta los templos más emblemáticos de la propia ciudad de Roma pueden ser pasto de su codicia, del sacrilegio y la destrucción⁶¹, lo que también nos habla de la lejanía del soldado romano de valores y respeto patrios.

⁵⁵ Un ejemplo en Tac., *Hist.*, III, 17.

⁵⁶ Cf. Tac., *Hist.*, III, 22.

⁵⁷ Tac., *Hist.*, III, 23.

⁵⁸ V. gr. Tac., *Hist.*, I, 18; también I, 86.

⁵⁹ Cf. Tac., *Hist.*, III, 82. Sobre la pérdida de valores respecto al pasado, Tácito hace varias alusiones expresas, v. gr. Tac., *Hist.*, III, 51.

⁶⁰ Tac., *Hist.*, III, 33.

⁶¹ Tac., *Hist.*, III, 82.

Sin embargo ese mismo soldado se nos presenta en varios momentos como un hombre tremendamente supersticioso; aunque aquí parece que existen diferencias notables entre unas legiones y otras. Da la sensación de que las más supersticiosas son las del ejército oriental, el de Vespasiano; también son éstos los que parecen mezclar más a menudo la superstición con creencias genuinamente religiosas⁶². Claro que la superstición no es algo exclusivo de los soldados, alcanza a todos, el mismo Vespasiano es una prueba exagerada de ello, como nos explicita el propio Tácito⁶³.

9. El perfil contradictorio del soldado romano de las *Historiae*: luces y sombras en su retrato por Tácito

Existen otros aspectos en la obra de Tácito que nos ayudan a comprender la mentalidad y carácter del soldado romano forjado en las guerras civiles de 69 y que parecen perfilar lo que va a ser el retrato típico del legionario del Alto Imperio. Un retrato contradictorio, como vemos, con abundantes defectos. Totalmente alejado de valores éticos o morales o políticos, supersticioso, más que religioso; carente por completo de patriotismo y de respeto por las instituciones del Estado o por la población civil; cruel e inhumano y – frecuentemente – gratuitamente sanguinario.

Por otro lado, en el retrato de Tácito queda claro que el soldado romano de su tiempo es persona poco de fiar, pues es propenso al motín y a la sedición por motivos nimios e irracionales; aunque – eso sí – ligados siempre a su raro sentido del honor, a la posibilidad de saqueo y botín (sus principales pasiones y móviles de actuación) o a las disposiciones del mando, con el que indudablemente son muy críticos, pero frecuentemente faltos de criterio, como probaría su absurda fidelidad a Vitelio.

Es un soldado soberbio, pero solamente ante el indefenso, el débil y el vencido, y sobre todo lo es con el civil. Interesado y ansioso siempre de botín, por el que se muestra insaciable y que antepone a cualquier otra consideración. Falto de iniciativa personal e incapaz de actuar sin liderazgo.

Otros rasgos arrojan una luz más positiva. En el retrato que nos presenta Tácito en las *Historiae* nos lo presenta como un hombre fiel; no a las instituciones, al Estado (patria), *libertas* o cualquier otra idea abstracta, sino fiel a personas de su paisaje vital: a sus camaradas, a su unidad militar. Camaradas y honor de su unidad militar parecen anteponerse a la propia familia. En este sentido también es fiel y devoto hasta la muerte a los generales dignos de respeto.

Tiene un extraño sentido del honor militar, tanto individual (propio) como colectivo (unidad a la que pertenece), valeroso y arrojado, aventurero y amigo de la acción; disciplinado y sufrido, llegado el caso.

⁶² Por ejemplo el saludo al sol antes de entrar en batalla de la *Legio III*, al modo sirio: Tac., *Hist.*, III, 24.

⁶³ Sobre Vespasiano un pasaje muy explícito: Tac. *Hist.* II,78. Sobre la superstición general, v. gr. Tac., *Hist.*, II, 91.

Al observar ambas imágenes, vemos que éstas resultan un tanto contradictorias: los defectos, repartidos con las virtudes, hasta pueden resultar en un determinado momento una ventaja militar importante.

Este perfil contradictorio parece indicar una cierta inmadurez emocional que le lleva a una actitud dividida: la realidad suprema es la propia milicia, a la que subordina todo. Su unidad es su verdadera y única familia. Cuadro éste típico de una personalidad psicológica de tipo gregario y dependiente. Sus defectos, mezclados con sus virtudes, hacen que, bien manejado, este soldado se pueda convertir en una disciplinada y eficaz máquina de vencer, matar, aterrorizar y saquear; pero queda claro que es una herramienta insegura, que fácilmente puede volverse contra el que la maneja, especialmente si éste pierde el respeto de su mente simplista e influenciabile. Entonces se disuelve su individualidad personal en una turba caótica, igualmente sanguinaria y cruel, pero ahora contra sus propios jefes, compatriotas, población civil, templos e instituciones del Estado (a las que no respeta); en definitiva: contra los propios “intereses” de Roma, tan caros a Tácito y a la siempre elitista historiografía latina⁶⁴.

Creo que este peculiar perfil psicológico y moral del soldado romano es lo que llevará a Septimio Severo a su célebre conclusión en el lecho de muerte de que “para gobernar en Roma hay que preocuparse solamente de los soldados y olvidarse de todo lo demás”. Ciertamente, a partir de la guerra civil de este año 69, la historia romana la hicieron en gran parte los soldados, aunque –como vemos– no la escribieron los soldados y, por tanto, *optimus princeps* y *speculum principum* serán aquellos que tengan esto en cuenta y, sin olvidarse de los soldados, no lo hagan de todo lo demás.

JAIME GÓMEZ DE CASO ZURIAGA

**TACITUS AND THE ROMAN LEGIONARY.
AN APPROACH OF A CONTRADICTIONARY PROFILE**

ABSTRACT

This paper pretends to be a general approximation to Tacitus view on the Roman soldier who fought the civil war in year 69, to his virtues and lacks. We try to keep on the peculiar moral point of view of the famous Roman historian. Tacitus points out serious gaps and faults in his time soldier, but also some positive strokes drawing to us a quite contradictory portrait of him.

⁶⁴ Lo que algo abstractamente a lo largo y ancho de su obra denomina Tácito “interest rei publicae” (v. gr. Tac., *Hist.*, III, 86). Se trata de un *topos* de la historiografía clásica latina.